

Euroamericana

Carlos Miguel Herrera
Eugenia Palieraki (eds.)

**La Revolución Rusa
y América Latina: 1917 y más allá**

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

1ª edición, 2021

© Los autores de sus respectivos trabajos
© Guillermo Escolar Editor S.L.
Avda. Ntra. Sra. de Fátima 38, 5ºB
28047 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 978-84-18981-02-9

Depósito legal: M-23750-2021

Impreso en España / Printed in Spain

Kadmos

P.I. El Tormes - Río Ubierna 12-14

37003 Salamanca

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Euroamericana

Impulsada por el Departamento de Filosofía y Sociedad de la Universidad Complutense de Madrid, la colección *Euroamericana* tiende puentes entre distintas universidades americanas y europeas a fin de dar a conocer y poner en común la producción filosófica más actual. De este modo, cada uno de sus libros fortalece una fecunda comunidad de investigación, distanciada tal vez en el espacio, pero muy cercana en el genuino interés filosófico que tiene como nexo.

- NERUDA, Pablo, *Canción de gesta*, La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1960.
- OSWALD, Gregory y STROVER, Antony (eds.), *La Unión Soviética y la América Latina*, México D.F., Letras, 1972.
- PALIERAKI, Eugenia, «¿Bajo el signo de Fidel? La Revolución Cubana y la 'nueva izquierda revolucionaria' chilena en los años 1960», Tanya Harmer y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile y la Guerra Fría global*, Santiago, RIL editores, 2014, pp. 170-191.
- PEDEMONTÉ, Rafael, «Desafiando la bipolaridad: la independencia diplomática del gobierno democratacristiano en Chile y su acercamiento con el 'mundo socialista' (1964-1970)», en *Estudios Ibero-Americanos*, vol. 44, n° 1, 2018, pp. 186-199.
- «The Meeting of Two Revolutionary Roads: Chilean-Cuban Interactions, 1959-1970», en *Hispanic American Historical Review (HAHR)*, vol. 99, n° 2, 2019, pp. 275-302.
- QUEZADA, Abraham (ed.), *Correspondencia entre Pablo Neruda y Jorge Edwards. Cartas que romperemos de inmediato y recordaremos siempre*, Santiago, Alfaguara, 2007.
- REY, Marie-Pierre, «Introduction: l'URSS et le Sud», en *Outre-mers, revue d'histoire*, vol. 95, n° 354-355, 2007, pp. 5-8.
- SAULL, Richard, «El lugar del Sur global en la conceptualización de la guerra fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico», en Daniela Spencer (ed.), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, México D.F., Porrúa, 2004, pp. 31-66.
- STONOR SAUNDERS, Frances, *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Madrid, Debate, 2001.
- SWEIG, Julia, *Inside the Cuban Revolution: Fidel Castro and the Urban Underground*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.
- TORRES-CUEVAS, Eduardo, OLTUSKI, Enrique y RODRÍGUEZ, Héctor (eds.), *Memorias de la Revolución*, La Habana, Imagen Contemporánea, 2007.
- TRONCOSO, Hugo, «El Partido Socialista de Chile, 1945-1970», en Avital Bloch y María del Rosario Rodríguez, (eds.), *La Guerra Fría y las Américas*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2013, pp. 107-123.
- ZIMMERMAN, Matilde, *Sandinista: Carlos Fonseca and the Nicaraguan Revolution*, Durham, Duke University Press, 2000.
- ZUBOK, Vladislav, *A failed Empire: the Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2007.

EL PARTIDO ES LO PRIMERO: MILITANCIA COMUNISTA Y VIDA FAMILIAR EN CHILE (1952-1973)

ALFONSO SALGADO MUÑOZ

En este capítulo indago en ciertos aspectos de la experiencia vital de quienes reconocieron filas y militaron en el Partido Comunista de Chile (PCCh) durante el tercer cuarto del siglo pasado, el período de mayor auge e influencia del comunismo en la sociedad chilena. Me enfoco en los hombres adultos y centro mi atención en un problema que, estoy convencido, subyació a la experiencia de muchos de ellos: la competencia entre las demandas que emanaban de la actividad política y de la vida familiar. Estas demandas eran de naturaleza diversa. Había demandas de tiempo, de trabajo y de dedicación, recursos siempre escasos, que nos remiten a la dimensión material de la experiencia humana. Y había también demandas de lealtad, de compañerismo y de afectividad, demandas menos tangibles pero no por eso menos importantes, que nos remiten a la dimensión espiritual de dicha experiencia.

El análisis se estructura en torno a dos argumentos. En primer lugar, sostengo que dar con un equilibrio entre las demandas que provenían de la militancia política y de la vida familiar fue una tarea sumamente difícil, un dilema que no logró resolver un gran número de comunistas chilenos. Para los militantes más comprometidos, que permanecieron activos en política por varios años y asumieron posiciones de liderazgo en la organización, la vida familiar a menudo terminó subordinándose a la partidaria. Los costos de ello no fueron menores, tanto para estos militantes como para sus esposas e hijos, quienes también debieron pagar el precio del fervor revolucionario de estos hombres.

En segundo lugar, sostengo que esta falta de equilibrio no se debe explicar por supuestas ineptitudes y decisiones personales de los militantes, al menos no enteramente. La imposibilidad de llegar a un equilibrio entre

la actividad política y la vida familiar fue el resultado, en última instancia, de una insuficiencia y decisión del PCCh en tanto organización. La dirigencia comunista era consciente de la tensión entre trabajo político y vida familiar, e ideó algunos mecanismos para tratar de resolverla. Pero, en vez de reconocer la verdadera magnitud del problema y aminorar la carga de tiempo, trabajo y dedicación que les demandaba a sus miembros, estableció un ideal de militancia y compromiso político prácticamente inalcanzable –o, mejor dicho, alcanzable solo a costa de descuidar la vida familiar–. El PCCh asumió cierto grado de responsabilidad por el bienestar no solo de los militantes sino también de las familias de estos, pero fue incapaz de cumplir los objetivos que se fijó a sí mismo.

El estudio se centra en los años 1952-73, período durante el cual el comunismo chileno vivió su apogeo¹. La presidencia anticomunista de Gabriel González Videla (1946-52) terminó precisamente en 1952, aunque el PCCh no recuperó su derecho a participar en la vida pública sino hasta 1958, en las postrimerías del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo (1952-58). A partir de aquel momento, el número de militantes comunistas, así como la representación electoral del PCCh, aumentó significativamente, creciendo de manera gradual y sostenida durante los gobiernos de Jorge Alessandri Rodríguez (1958-64) y Eduardo Frei Montalva (1964-70), en no menor medida gracias a las reformas electorales de 1958-62 y las campañas electorales subsiguientes. El crecimiento partidario fue particularmente pronunciado después de las elecciones presidenciales de 1970².

¹ Para una visión panorámica del PCCh durante estos años, véase Álvarez, Rolando, *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura, 1965-1990*, Lom Ediciones, Santiago, 2011, pp. 29-77; Furci, Carmelo, *El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo*, Ariadna Ediciones, Santiago, 2008, pp. 79-205; Casals, Marcelo, *El alba de una revolución: La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la vía chilena al socialismo, 1956-1970*, Lom Ediciones, Santiago, 2010.

² Al momento del golpe de Estado de 1973, los dirigentes del PCCh afirmaban que el partido tenía más de 200.000 militantes. Sin embargo, la gran mayoría de estos militantes ingresaron al partido durante la presidencia de Allende. Los últimos datos fidedignos anteriores al golpe datan de 1969, cuando el PCCh tenía poco más de 60.000 miembros. Para un análisis detallado de la composición social y del electorado del PCCh, véase Álvarez, Rolando, *Arriba los pobres...*, op. cit., pp. 42-49; Durán, Luis, «Visión cuantitativa de la trayectoria electoral del Partido Comunista de Chile: 1903-1973», en Augusto Varas (ed.), *El Partido Comunista de Chile. Estudio multidisciplinario*, Flacso, Santiago, 1988; Faletto, Enzo, «Algunas características de la base social del Partido Socialista y del Partido Comunista. 1958-1973», en *Documento*

La victoria de Salvador Allende Gossens inauguró un momento histórico de gran efervescencia y experimentación, brutalmente interrumpido por el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Aunque en este capítulo el gobierno de Allende (1970-73) no será objeto de un análisis separado, huelga advertir que la intensa actividad política que caracterizó estos años exacerbó las tensiones que aquí se estudian. Con el fin de defender la revolución en curso, el PCCh estimuló constantemente a sus miembros a participar en tantos frentes de batalla como les fuera posible, estímulo que encontró una acogida entusiasta en buena parte de la militancia comunista, pero que hizo mella en las relaciones familiares³.

Encontrar un equilibrio entre responsabilidades políticas y domésticas ha sido un problema subyacente en el comunismo chileno, nunca enteramente resuelto, ni en la teoría (por el PCCh) ni en la práctica (por los militantes). Los años que aquí se estudian son particularmente interesantes porque durante ellos la relación entre lo político y lo doméstico adquirió notoriedad y relevancia. No es que el militantismo comunista se volviera más demandante en estos años –este era ya demandante desde sus orígenes⁴, y se tornó mucho más demandante tras el golpe de Estado, que sirve de punto final a este estudio– sino que el equilibrio entre las demandas del activismo político y de la vida familiar fue identificado como un problema

de Trabajo, FLACSO-Chile, Facultad de Ciencias Latinoamericanas, Santiago, Santiago, n° 97, 1980; Furci, Carmelo, *El Partido Comunista...*, op. cit., pp. 46 y 166-167.

³ La producción académica sobre la Unidad Popular es abundante. Sobre el período y la izquierda en particular, véase Del Pozo, José, *Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular*, Ediciones Documentas, Santiago, 1992; Fermandois, Joaquín, *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*, Centro de Estudios Públicos, Santiago, 2013; Harmer, Tanya, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2011; Pinto, Julio, et al. (eds.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Lom Ediciones, Santiago, 2005; Winn, Peter, *Weavers of the Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*, Oxford University Press, New York, 1986.

⁴ Véase, al respecto, Pinto, Julio, y Verónica Valdivia, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Lom Ediciones, Santiago, 2001; Ulianova, Olga, «El Partido Comunista chileno durante la dictadura de Carlos Ibáñez (1927-1931). Primera clandestinidad y 'bolchevización' estaliniana», en *Boletín de la Academia Chilena de Historia*, Academia Chilena de la Historia, Santiago, n° 111, 2002; Urtubia, Ximena, *Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: La transformación del militante tradicional, 1924-1933*, Ariadna Ediciones, Santiago, 2016.

central por el propio PCCh precisamente en estos años. Esto contribuyó a que los miembros de familias cuyo «jefe de hogar» (para utilizar el lenguaje de la época) era comunista se sintieran empoderados para realizar demandas relacionadas con el tiempo que este le dedicaba al hogar, la repartición de las tareas domésticas y la utilización del presupuesto familiar, ya sea en la esfera doméstica o ante los órganos partidarios.

La vida familiar de los comunistas chilenos estuvo condicionada por una serie de transformaciones estructurales y discursos públicos que afectaron a la sociedad chilena en su conjunto. El paradigma o modelo familiar del hombre proveedor, que estructuraba una relación jerárquica entre los cónyuges, con roles diferenciados, donde el hombre estaba encargado de ganar dinero para sostener a la familia y la mujer de los quehaceres del hogar y de la crianza de los hijos, empezó a tomar fuerza en las primeras décadas del siglo xx. Si bien el trabajo femenino fuera del hogar nunca desapareció del todo y cumplió un rol importante en la subsistencia de muchas familias, el modelo del hombre proveedor se difundió a través de las distintas clases sociales y logró transformarse en hegemónico, en no menor medida debido a la coincidencia de objetivos del naciente Estado de compromiso, las empresas capitalistas y los sindicatos de trabajadores⁵. Los comunistas chilenos fueron, en este aspecto, hombres y mujeres de su época. Aun cuando la ideología marxista clásica cuestionaba algunas de las ideas fundantes de la familia y algunos hombres y mujeres de izquierda establecieron relaciones poco convencionales, el PCCh no puso demasiado empeño en subvertir la institución familiar, optando en cambio por demandar públicamente salarios y beneficios que garantizaran la subsistencia de las familias obreras y por difundir entre sus militantes una idea de familia basada en el amor y el compañerismo. A esta actitud convencional

⁵ Véase Godoy, Lorena, et al. (eds.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Sur y Cedom, Santiago, 1995; Hutchison, Elizabeth, *Labors Appropriate to Their Sex: Gender, Labor, and Politics in Urban Chile, 1900-1930*, Duke University Press, Durham, 2001; Klubock, Thomas, *Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*, Duke University Press, Durham, 1998; Rengifo, Francisca, «Familia y escuela. Una historia social de la escolarización nacional. Chile, 1860-1930», en *Historia*, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, vol. 45, Santiago, n° 1, 2012; Roseblatt, Karin, *Gendered Compromises: Political Cultures and the State in Chile, 1920-1950*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000; Valdés, Ximena, *La vida en común. Familia y vida privada en Chile y el medio rural en la segunda mitad del siglo XX*, Lom Ediciones, Santiago, 2007.

contribuyeron, además, las ideas y ejemplos que llegaban desde la Unión Soviética, donde, tras algunos años de experimentación, se había optado por promover la familia como núcleo social y luchar contra las tendencias que propendían a su desintegración⁶.

En lo que respecta a la relación entre actividad política y vida familiar, la postura del PCCh fue relativamente peculiar en el contexto chileno. Si bien todos los partidos políticos del país estuvieron más o menos imbuidos del ideal familiar reseñado en el párrafo anterior⁷, el PCCh se distinguió del resto por conceptualizar los deberes familiares como deberes políticos y establecer mecanismos que prestaron muchísima atención a la vida privada de sus militantes⁸. Otros partidos tradicionales de la izquierda, como el Partido Socialista o el Partido Democrático, no se alejaron tampoco demasiado del ideal familiar epocal, pero demostraron una mayor tolerancia a la diversidad y destinaron menos esfuerzos a normar y vigilar la vida privada de sus militantes. Además, el carácter menos demandante de la militancia socialista y democrática hizo que la mayor parte de sus miembros lograran balancear mejor las demandas de la vida partidaria y de la vida doméstica, manifestándose el conflicto entre ambas esferas en

⁶ Goldman, Wendy, *Women, the State, and Revolution: Soviet Family Policy and Social Life, 1917-1936*, Cambridge University Press, New York, 1993; Hoffmann, David, *Stalinist Values: The Cultural Norms of Soviet Modernity, 1917-1941*, Cornell University Press, Ithaca, 2003; Field, Deborah, *Private Life and Communist Morality in Khrushchev's Russia*, Peter Lang, New York, 2007.

⁷ Sobre la transversalidad política de este ideal, véase Thomas, Gwinn, *Contesting Legitimacy in Chile: Family Ideals, Citizenship, and Political Struggle, 1970-1990*, The Pennsylvania State University Press, University Park, 2011.

⁸ La literatura al respecto —a la que pretende contribuir este capítulo— no es abundante, pero contamos con algunos trabajos que han prestado atención a la subjetividad y vida militante de los comunistas durante la dictadura de Pinochet y que han inspirado algunas de las preguntas que aquí desarrollo. Álvarez, Rolando, *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*, Lom Ediciones, Santiago, 2003; Álvarez, Rolando, «Clandestinos. Entre prohibiciones públicas y resistencias privadas. Chile 1973-1990», en Rafael Sagredo y Cristian Gazmuri (eds.), *Historia de la vida privada en Chile. Tomo III: El Chile contemporáneo. De 1925 a nuestros días*, Editorial Taurus, Santiago, 2007; Idini, Mariano, «Detrás de cada combatiente, un sujeto cotidiano. Motivaciones, afectos y emociones en el proyecto rodriguista», Tesis de Licenciatura, Universidad de Chile, 2005; Bravo, Viviana, *¡Con la razón y la fuerza, venceremos! La rebelión popular y la subjetividad comunista en los '80*, Ariadna Ediciones, Santiago, 2010.

términos drásticos solo en la dirigencia⁹. Las organizaciones de la llamada ultra o nueva izquierda, como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, fueron tanto o más normativas y demandantes que el PCCh. Sin embargo, estas organizaciones, nacidas en un momento histórico de cuestionamiento de las convenciones sociales, no se hicieron enteramente parte del ideal familiar reseñado arriba y se mostraron más abiertas a experimentar nuevas formas de relacionarse en la esfera doméstica¹⁰.

El artículo dialoga con lo que se ha escrito en Chile, pero su principal inspiración es la producción y discusión histórica sobre el comunismo como fenómeno global. En ese sentido, es parte de una nueva generación de estudios que opera bajo la premisa de que, si deseamos entender los partidos comunistas, debemos primero comprender las experiencias, motivaciones y expectativas de los miembros de estos partidos¹¹.

⁹ La literatura no es abundante ni lo suficientemente detallada al respecto, pero algo de ello se desprende de Roseblatt, Karin, *Gendered Compromises...*, op. cit., pp. 185-230; Acevedo, Nicolás, «Narrativas y memorias de los hijos e hijas de la militancia revolucionaria. Una mirada histórica en el siglo xx», Ponencia presentada al Seminario Internacional Herencias de la Revolución: Voces Intergeneracionales, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, septiembre de 2019.

¹⁰ La producción académica sobre las normas y mandatos partidarios, las relaciones de género y las consecuencias personales de la militancia política es particularmente rica en lo que respecta al Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Mallon, Florencia, «Barbudos, Warriors, and Rotos: The MIR, Masculinity, and Power in the Chilean Agrarian Reform, 1965-1974», en Matthew Gutmann (ed.), *Changing Men and Masculinities in Latin America*, Duke University Press, Durham, 2003; Ruiz, María Olga, «Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile (1965-1975)», en *Revista Austral de Ciencias Sociales*, Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile, Valdivia, n° 28, 2015; Vidaurrázaga, Tamara, *Mujeres en rojo y negro. Reconstrucción de memoria de tres mujeres miristas. 1971-1990*, Ediciones Escaparate, Santiago, 2006; Vidaurrázaga, Tamara, «Las memorias de los hijos de la militancia revolucionaria en Chile. Reflexiones en clave generacional en torno a los documentales Venían a buscarme y El edificio de los chilenos», en *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, Santiago, n° 12, 2019; Vidaurrázaga, Tamara «La escisión entre lo individual y lo colectivo en la moral revolucionaria militante de la nueva izquierda», en *Revista Sujeto, Subjetividad y Cultura*, Escuela de Psicología de la Universidad de Artes y Ciencias Sociales, Santiago, n° 4, Octubre 2012.

¹¹ Véase, por ejemplo, Halfin, Igor, *Terror in My Soul: Communist Autobiographies on Trial*, Harvard University Press, Cambridge, 2003; Hellbeck, Jochen, *Revolution on My Mind: Writing a Diary under Stalin*, Harvard University Press, Cambridge, 2006;

Este estudio se enfoca, principalmente, en hombres adultos y casados, e intenta explicar sus experiencias, motivaciones y expectativas. Si bien es cierto que el comunismo tendió al monolitismo y se mostró poco receptivo a indagar en la diversidad de la experiencia humana, más allá de categorías vinculadas a la esfera productiva, como «trabajador», «campesino» o «intelectual», no es menos cierto que el comunismo buscó abarcar la experiencia militante tomando en consideración el ciclo vital y que delineó roles y responsabilidades determinados por la edad y el género del militante¹².

A medio camino entre la historia social de la política y los estudios de la subjetividad y la memoria, este capítulo utiliza un corpus de fuentes heterogéneo, entre los que destacan documentos partidarios, escritos autobiográficos e historias orales. No desconozco los problemas metodológicos que las autobiografías y las entrevistas le plantean al historiador. Los recuerdos de una época pasada –sean estos escritos con calma y en soledad o verbalizados improvisadamente en el transcurso de una entrevista– están siempre influenciados por un presente distinto. Es necesario hacernos cargo de la temporalidad específica de estos recuerdos y de la construcción conjunta de las fuentes orales, evitando caer en una interpretación positivista de nuestro quehacer. En el caso de las fuentes y sujetos que aquí analizo, el diálogo entre pasado y presente –que caracteriza a la historia en tanto disciplina– y entre el entrevistador y el entrevistado –que caracteriza a la historia oral en tanto metodología– ha resultado tan problemático como iluminador. Conflictos que decían relación con los derechos y deberes del hombre en tanto militante o en tanto jefe de hogar son aquí recordados en términos eminentemente afectivos. Este capítulo no evade analizar y discutir emociones, cruciales en cualquier estudio sobre la experiencia, pero el objetivo central es analizar y discutir una problemática propia de una militancia política específica.

Antes de comenzar, permítaseme una advertencia. En tanto estudio de la relación entre actividad política y vida familiar, que subraya la subordi-

Studer, Brigitte, *The Transnational World of the Kominternians*, Palgrave Macmillan, London, 2015; Penetier, Claude, y Bernard Pudal (eds.), *Le sujet communiste. Identités militantes et laboratoires du «moi»*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2014.

¹² Véase, por ejemplo, Linehan, Thomas, *Communism in Britain, 1920-39: From the Cradle to the Grave*, Manchester University Press, New York, 2007; Casalini, Maria, *Famiglie comuniste. Ideologie e vita quotidiana nell'Italia degli anni cinquanta*, Il Mulino, Bologna, 2010.

nación de esta por aquella a la que dio lugar la ideología y práctica comunista, este capítulo podría prestarse a una lectura pesimista de la política en sí. Al fin y al cabo, somos hijos de un presente que mira la política con desdén y que ha hecho de la vida familiar uno de los principales ámbitos (si no el principal) de realización personal. No es esa mi intención. Creo que la política es una actividad fundamental de la vida en sociedad, que las organizaciones políticas son instrumentos necesarios para la realización de cambios y que tanto la política (en tanto actividad) como las organizaciones políticas (en tanto instrumentos) debiesen contar con el apoyo y participación entusiasta de la ciudadanía. Ahora bien, estoy convencido que debemos someter a crítica no solo las ideas sino también las prácticas políticas. La actividad política necesita de mayores grados de reflexividad, si aspira aún a ser un mecanismo de emancipación personal y colectiva.

DEBERES POLÍTICOS Y DEBERES FAMILIARES

Ser una pareja y un padre responsable había sido un componente importante del discurso comunista desde al menos los años 1930, si no antes. Pero este imperativo solo pasó a convertirse en un deber partidario al aprobarse los estatutos de 1962. El artículo 8 de los estatutos de 1939 exigía que los militantes del partido ajustaran las acciones de su vida privada y pública a los principios y valores que regían la organización¹³. Dicho artículo fue ratificado en los estatutos de 1945 y condicionó la forma en que los militantes del partido concibieron sus obligaciones en los años venideros. Ello, a pesar de que las difíciles condiciones de acción del PCCh durante la presidencia de González Videla volvieron casi imposible aplicar estas reglas. Con la recuperación de la legalidad, en 1958, el PCCh sometió nuevamente a debate los asuntos estatutarios. Los estatutos de 1958 no incluyeron el artículo en cuestión, pero los aprobados en 1962, 1965 y 1969 reintrodujeron el espíritu del artículo de 1939 y agregaron varias especificaciones. Cada militante del partido estaba ahora obligado a «ceñir su vida pública y privada a los principios de la moral comunista, velar por la correcta formación de sus hijos, ser un ejemplo en el hogar y buen camarada con sus compañeros de trabajo y sus vecinos»¹⁴.

¹³ Partido Comunista de Chile, *Estatutos del Partido Comunista de Chile*, Imprenta y Litografía Antares, Santiago, 1939.

¹⁴ Partido Comunista de Chile, *Estatutos. Aprobados en el XII Congreso Nacional. Marzo de 1962*, Imprenta Horizonte, Santiago, 1962.

Este nuevo mandato reglamentario les era recordado a los militantes ocasionalmente, en reuniones partidarias y en boletines de circulación interna. Una mirada más atenta a dichas reuniones y boletines nos permitirá profundizar en este aspecto, yendo más allá del mero mandato. Sirva de ejemplo una charla pronunciada por «José Pino» (pseudónimo de José Eidelstein, miembro del Comité Central) ante cuadros medios del partido, que fue posteriormente publicada en la revista teórica del partido, *Principios*, bajo el título «Algunos problemas de la moral comunista». Pino afirmaba en su charla que los militantes tenían que tratar a sus familias con la misma dedicación que le tenían al partido, y criticaba a aquellos que no lo hacían. «Hay compañeros que están dispuestos a entregar su vida por el Partido... Pero algunos de ellos son incapaces del menor sacrificio y abnegación por su compañera e hijos». Pino era consciente de que algunos militantes argumentaban que ello era difícil, pero le bajaba el perfil a estas opiniones, deslegitimándolas, negándose a reconocer el conflicto subyacente entre estas exigencias. Cuando se refirió a la irresponsabilidad de los militantes ante los deberes domésticos, por ejemplo, mencionó que en ocasiones «ocurre que se desarrolla una contradicción, creada artificialmente, entre los deberes que exigen la lucha y actividad del Partido y los deberes de la atención de la familia». La expresión clave aquí es «creada artificialmente», la cual sugiere que se trataría de un falso problema, ocasionado por el actuar irresponsable de los militantes¹⁵.

El tenor de los discursos pronunciados en las reuniones del partido y en los textos publicados en los boletines internos era a menudo imperativo. Tomemos como ejemplo un texto de *Vida del Partido*, un boletín de existencia breve, publicado por el Comité Nacional de Organización del PCCh. El artículo, titulado «La preocupación por la familia», admitía que la devoción de sus militantes a la causa partidaria a menudo planteaba problemas en la esfera doméstica. Comenzaba elogiando la «labor abnegada y heroica» del militante comunista a favor del partido. «Su misma abnegación», proseguía el articulista, «lo obliga en la práctica a estar ausente de su hogar la mayor parte del tiempo». Esta ausencia, se admitía, tenía consecuencias negativas; por ejemplo, los hijos de padres ausentes se criaban careciendo de orientación parental y del «necesario afecto diario». El autor se preguntaba entonces si la actividad militante podía justificar esa negligencia. La pregunta era retórica y la respuesta

¹⁵ *Principios*, mayo-junio de 1968, pp. 78-85, «Algunos problemas de la moral comunista».

enfática: «El hecho de estar abrumado de trabajo partidario no exime a nuestros camaradas de la obligación de atender a todos los problemas familiares»¹⁶.

Ahora bien, el tono perentorio de estos discursos y textos no debe llevarnos a colegir que los deberes familiares fuesen una de las prioridades del partido. Un corto fragmento de un cuento del periodista y escritor comunista José Miguel Varas puede ayudarnos a entender esta paradoja. La historia está narrada desde la perspectiva de un militante comunista –tal vez el mismo Varas– utilizando la técnica literaria del flujo de consciencia. En el extracto en cuestión los pensamientos del narrador fluctúan entre los recuerdos de su pasado no militante, durante el cual destinaba parte de su tiempo libre a actividades recreativas, y su presente como militante, con las cargas y demandas que ello conllevaba. «Antes, en Santiago, iba a las carreras los domingos, pero de eso hace años, antes de militar. Después, nunca falta que el mitin, que el acto, la reunión o algo. Aunque de vez en cuando venga algún documento [que dice] que es intolerable que un militante no tenga un día para dedicar al hogar, etc.». Este monólogo interior releva la paradoja de una organización que esperaba que sus miembros participaran en un sinnúmero de actividades políticas y que ocasionalmente los reprendía por no preocuparse adecuadamente de sus familias. Da a entender que los militantes tomaban nota de los escritos y charlas sobre el deber ser y la importancia de la vida familiar, pero que se interponían tareas políticas más apremiantes. Aun admitiendo que los deberes familiares eran conceptualizados como deberes políticos, es necesario advertir que nunca fueron considerados deberes prioritarios¹⁷.

Quizás la principal crítica que puede hacerse a la dirigencia del PCCh en este respecto es que, si bien ocasionalmente reconocía que era difícil lograr un equilibrio entre los deberes partidarios y los deberes familiares, por regla general les transfería la responsabilidad a sus militantes y los culpaba por no lograrlo. Ello es claramente visible en los documentos citados arriba. Pino lo planteaba en los siguientes términos: «A veces se tiene mucha capacidad teórica en el desempeño de las tareas del Partido, pero respecto a sus deberes matrimoniales tienen poca claridad y cierta irresponsabilidad». Según esta formulación, la falla fundamental residía en una

¹⁶ *Vida del Partido*, abril de 1965, p. 11, «La preocupación por la familia».

¹⁷ Varas, José Miguel, «Relegados», en *Cuentos completos*, Aguilar Chilena de Ediciones, Santiago, 2001, p. 443. La mayoría de los cuentos de Varas ficcionalizan sucesos en los que participó o presenció.

comprensión insuficiente del problema o simple y llanamente en la falta de responsabilidad del militante¹⁸. El artículo publicado en *Vida del Partido* era aún más tajante: «acumular tarea tras tarea, sin dejar tiempo para los problemas familiares, implica falta de madurez ideológica del militante». Si bien el articulista les asignaba algún grado de responsabilidad a los órganos locales del partido, a los que reprochaba que no repartieran equitativamente las tareas políticas, limitaba esta responsabilidad a los escalones más bajos de la burocracia partidaria. La validez del ideal, que exigía excelencia en todas las esferas de la vida, no era cuestionada¹⁹.

MECANISMOS DE CONTROL PARTIDARIO

Aparte de los discursos y textos que abordaban estos asuntos, el PCCh contaba con un órgano específico que estaba preocupado del cumplimiento de los deberes partidarios, la Comisión de Control y Cuadros. El nombre del organismo, que data de mediados de la década de 1940, cuando la Comisión de Control pasó a llamarse Comisión de Control y Cuadros, sintetiza sus dos principales misiones: el control del comportamiento de los militantes; y la educación, desarrollo y promoción de aquellos que merecían volverse cuadros²⁰. Dicho de otro modo, la comisión ya no se enfocaba solo en vigilar y censurar el comportamiento de los comunistas, sino también en fomentar su desarrollo personal. En los años 1960, el papel de la comisión se amplió aún más, ya que se le encargó el estudio –junto a otros órganos del partido– de la idoneidad de los cuadros que se presentarían como candidatos en las elecciones parlamentarias y municipales²¹. El énfasis de la comisión en el desarrollo de los cuadros partidarios forjó una forma peculiar de entender lo que era y debía ser un cuadro. Según un entrevistado familiarizado con el rol de la comisión a inicios de la década de 1970, «cuadro es un dirigente

¹⁸ *Principios*, mayo-junio de 1968, pp. 78-85, «Algunos problemas de la moral comunista».

¹⁹ *Vida del Partido*, abril de 1965, p. 11, «La preocupación por la familia».

²⁰ Partido Comunista de Chile, *Estatutos del Partido Comunista de Chile. Aprobados en el XIII Congreso Nacional celebrado en 1946*, Impresores Moneda 716, Santiago, 1947, pp. 27-29. Los cuadros son aquellos militantes que han recibido formación política y ocupan algún puesto de liderazgo, distinguiéndose de este modo de la masa de militantes de base que componen el partido.

²¹ Partido Comunista de Chile, *Estatutos. Aprobados en el XII Congreso Nacional. Marzo de 1962*, Imprenta Horizonte, Santiago, 1962.

revolucionario que hay que formarlo, que hay que cuidarlo, que hay que protegerlo y que hay que promoverlo, eso es»²².

La Comisión de Control y Cuadros experimentó una serie de transformaciones a partir de mediados de la década de 1940, cuando adquirió su nuevo nombre. Fue en este contexto de transformación que la comisión empezó a preocuparse del bienestar personal y familiar de los cuadros comunistas. La revista *Principios* dedicó varios artículos a discutir la importancia de ayudar a los cuadros brindándoles apoyo económico, médico y logístico. El razonamiento era que si los cuadros –especialmente, los funcionarios del partido, que se dedicaban a las tareas políticas a tiempo completo– contaran con las garantías necesarias para no tener que preocuparse por la subsistencia y la salud de sus familias, estos realizarían su trabajo político de manera más eficiente²³. Ahora bien, si esta ayuda garantizaba la seguridad y estabilidad de los cuadros y sus familias es otro asunto. El estipendio de los funcionarios del partido siempre fue bajo, incluso para los estándares de un obrero calificado²⁴. Algunos negociaban un estipendio algo más alto, pero el problema era estructural. El PCCh podía pagarle poco a sus funcionarios porque estos estaban imbuidos de un sentido de misión y sentían gratitud por la organización. El partido ofrecía la oportunidad de ser funcionarios a unos pocos, quienes por lo general se sentían honrados por el privilegio, a pesar de los sacrificios que acarrearba. Ser un funcionario era, en las palabras de un joven comunista que vio con estupor como su hermano rechazaba el ofrecimiento, «la profesión más sublime a la que podía llegar alguien. Que el Partido te diga que dediques tiempo completo, es lo más grande»²⁵.

La Comisión de Control y Cuadros también se preocupaba de la cantidad de trabajo realizado por los cuadros. Según consejos publicados en

²² Entrevista realizada a Jaime, por Alfonso Salgado, 17 de diciembre de 2013.

²³ Véase, por ejemplo, *Principios*, enero de 1946, pp. 8-15, «Política justa de cuadros y desarrollo autocrítico»; *Principios*, mayo-junio de 1955, pp. 12-13, «La labor de control y cuadros en el partido»; *Principios*, marzo de 1960, pp. 30-33, «El trabajo de las comisiones de control y cuadros».

²⁴ Véase, por ejemplo, Arcos, Humberto, *Autobiografía de un viejo comunista chileno. (Una historia 'no oficial' pero verdadera)*, Lom Ediciones, Santiago, 2013, p. 50.

²⁵ Entrevista realizada a Osiel Núñez, enero de 2012, Colección Archivo Oral de Villa Grimaldi, Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi. Véase también Labarca, Eduardo, *Corvalán: 27 horas. El P.C. chileno por dentro y por fuera*, Editorial Quimantú, Santiago, 1972, pp. 81 y 93-94; *El Siglo*, 8 de junio de 1969, p. 8 revista, «Corvalán habla de lo humano y lo divino».

Principios, estos tenían que aprender a delegar ciertas tareas a los militantes de base y promover el trabajo colectivo. «Cuando las tareas lo permitan, el regreso temprano al hogar o una sana distracción, ayudará a mantener su salud en buen estado». El objetivo de estos consejos era noble, aunque es necesario advertir que inclusive en estos artículos se hablaba en términos imperativos: «El cuadro, como cualquier otro militante, debe aprovechar cuanta oportunidad tenga para dedicarla a convivir al lado de sus familiares»²⁶. La Comisión de Control y Cuadros ofrecía alguno que otro consejo práctico para balancear vida de familia y trabajo político e instaba a los órganos del partido a distribuir equitativamente las tareas partidarias. Pero, en la práctica, eran otras las instancias partidarias –el Comité Central y los comités regionales, fundamentalmente– las que determinaban la carga de trabajo cotidiana de los cuadros, y la propia Comisión de Control y Cuadros tendía a exigirles tareas anexas²⁷.

Durante los años estudiados aquí, la Comisión de Control y Cuadros empezó también a tener una actitud distinta en lo referente a la vigilancia y el control de los militantes. Se empezó a hacer hincapié ya no en la censura o expulsión de aquellos que cometían errores sino en la persuasión y la transformación de los individuos. El giro se volvió aún más marcado tras el fallecimiento del Secretario General Galo González –quien había estado a cargo de la Comisión de Control en sus orígenes– en 1958, cuando algunos dirigentes del partido criticaron en privado los excesos que había cometido la comisión en años anteriores. La expulsión del militante pasó a ser concebida como el último recurso. Javier, que lideró una de los órganos regionales de la Comisión de Control y Cuadros de las Juventudes Comunistas a inicios de los años 1970, explicó en una historia oral que el objetivo de la misma era persuadir y convencer a los militantes para que modificaran su comportamiento. Recordó haber expulsado solo a un militante –por malversación de fondos, no por conducta impropia en lo que refería a su vida sexual o familiar– durante los dos o tres años que dirigió dicho organismo. La forma en que habló de esta expulsión, varias décadas después de los hechos, sugiere que expul-

²⁶ *Principios*, marzo de 1960, pp. 30-33, «El trabajo de las comisiones de control y cuadros».

²⁷ Véase, por ejemplo, *Principios*, julio-diciembre de 1955, pp. 10-11, «Algo sobre la formación de cuadros»; *Principios*, mayo de 1959, pp. 30-35, «Escuela de cuadros y educación política»; *Principios*, junio de 1961, pp. 16-23, «Desarrollo de cuadros activistas»; *Principios*, marzo-abril de 1962, pp. 37-41, «Política de cuadros».

sar a un camarada era una decisión de alto coste emocional, incluso para el que tomaba la decisión²⁸.

Durante los años que cubre este estudio, también fue cambiando la manera en que se realizaban las averiguaciones relacionadas con la vida privada y pública de los militantes. A las personas encargadas de estas investigaciones a nivel regional y comunal, la Comisión de Control y Cuadros les recomendaba «ser flexible[s] y amable[s] en el trato» y realizar las investigaciones «con el máximo de prudencia», evitando dañar innecesariamente la honra de los acusados. El objetivo era llegar a acuerdos y soluciones prácticas, que fuesen aceptadas por las partes involucradas. «El miembro de una Comisión de Control y Cuadros no debe olvidar nunca que no es juez tipo Justicia burguesa, sino un compañero responsable que trata de ayudar a corregir errores»²⁹. Realizar investigaciones implicaba, obviamente, confrontar directamente a los militantes que eran acusados, lo que ocasionalmente llevaba a momentos de tensión. Pero Javier, al menos, afirma que quienes estaban a cargo de las investigaciones adoptaban por lo general «una actitud comprensiva, solidaria». Sus recuerdos están indudablemente influenciados por sus simpatías políticas –era funcionario del partido en el momento de la entrevista– y tienden a ofrecer un cuadro demasiado optimista de la relación entre acusadores y acusados. Después de todo, el propio Javier reconoció: «yo no niego que en algunos casos los viejos parecían pacos»³⁰.

La Comisión de Control y Cuadros gustaba de presentarse como un órgano accesible, y fue utilizada por algunos para resolver conflictos de pareja. Marta, cuyo padre era un cuadro comunista y cuya madre era militante de base, rememoraba riéndose en una entrevista: «a mi papá mi mamá lo pasaba llevando a Control y Cuadros»³¹. Este y otros ejemplos sugieren que algunas mujeres aprovechaban el marco normativo y los mecanismos de disciplinamiento del PCCh para hacer valer sus puntos de vista y renegociar sus relaciones afectivas³². No todas las mujeres que acu-

dían a este organismo eran militantes. Por ejemplo, uno de los artículos de *Principios* narraba «un caso típico de intervención en la vida privada de un militante» en el cual una mujer, que no era comunista, se había acercado a los encargados de la comisión para quejarse de la actitud de su esposo, que era militante. Según el artículo, el hombre admitió su error y prometió «comportarse como un comunista, ser mejor dueño de casa y cumplir con sus tareas partidarias». La comisión se enorgulleció de lo logrado: «Se salvó un hogar, se estimuló a un cuadro muy responsable y se llevó la felicidad a una mujer que la merecía»³³. Ahora bien, sanar una relación de pareja no era tan fácil como creía el artículo, y los logros de la comisión no deben exagerarse.

Los nuevos métodos de la Comisión de Control y Cuadros, que priorizaban ahora la persuasión y el apoyo, no hicieron que la acción de esta fuese menos intrusiva, más bien lo contrario. Los hombres comunistas no gustaban de ser interrogados sobre su vida privada, y varios de ellos no reaccionaron bien ante estas intervenciones. Incluso Javier, quien subraya la cordialidad de los acusadores y el espíritu fraternal entre camaradas de partido, reconoció que algunos de los investigados se ponían agresivos con los investigadores y defendían su derecho a la privacidad, independiente de las normas y estatutos partidarios³⁴. La comisión intervenía en asuntos muy personales, y la frontera entre persuasión y coerción era porosa. Por ejemplo, Alejandro Toro, un promisorio cuadro comunista de 28 años, se sintió obligado a casarse con su novia al quedar esta embarazada, en 1958, por presiones de la comisión. Se quejó de ello en sus memorias, escritas tras la disolución de su matrimonio: «Sentí que no tenía espacio para discutir otra opción»³⁵.

La sensación de intrusión puede apreciarse en los mismos términos que utilizaban los militantes comunistas a la hora de hablar de la Comisión de Control y Cuadros. Los comunistas a menudo hablaban de haber

relaciones de cooperación desiguales o para castigar a maridos desleales. Véase, por ejemplo, Baltra, Mireya, *Mireya Baltra. Del quiosco al Ministerio del Trabajo*, Lom Ediciones, Santiago, 2014, pp. 73-75.

³³ *Principios*, marzo de 1960, pp. 30-33, «El trabajo de las comisiones de control y cuadros».

³⁴ Entrevistas realizadas a Javier, por José Manuel Baeza, 23 de diciembre de 2013 y 15 de enero de 2014.

³⁵ Toro, Alejandro, *Memorias de un comunista discrepante*, Lom Ediciones, Santiago, 2014, pp. 21-22.

²⁸ Entrevistas realizadas a Javier, por José Manuel Baeza, 23 de diciembre de 2013 y 15 de enero de 2014.

²⁹ *Principios*, marzo de 1960, pp. 30-33, «El trabajo de las comisiones de control y cuadros».

³⁰ Entrevista realizada a Javier, por José Manuel Baeza, 15 de enero de 2014.

³¹ Entrevista realizada a Marta, por Alfonso Salgado, 19 de marzo de 2014.

³² No solo las esposas de los cuadros varones sino también las mujeres cuadros movilizaban estos recursos de modo instrumental sea para tener medios de presión en

sido citados al «cuarto oscuro», en referencia a la pieza en la sede central del PCCh donde tenían lugar las reuniones de la Comisión Nacional de Control y Cuadros. A veces, equiparaban la experiencia a ser «sentado» sobre un «cajón con vidrio», aludiendo con ello a la expresión coloquial de «sentar» o ser «sentado» por alguien, es decir, de castigar o ser castigado por alguien, de una manera gráfica y evocativa³⁶. El énfasis de la comisión en la moral sexual de los militantes era también objeto de burla. Los hombres comunistas ridiculizaban a esta apodándola «Comisión de Cuadros y Marruecos», pues en el Chile de entonces «cuadros» se utilizaba también para referirse a la ropa interior, y «marruecos» a la bragueta de los pantalones³⁷. La actitud reticente de los militantes limitó el poder de las intervenciones del partido en el ámbito doméstico. Algunos de los hombres entrevistados en el marco de este proyecto afirmaron que no les preocupaba mucho el asunto de la moral, al menos no en los términos en los que lo entendía el PCCh. Un militante de base rememoró una conversación informal que tuvo con un dirigente del partido en la cual abordaron, entre otros temas, asuntos de índole sexual y familiar. El currículum del dirigente no era lo suficientemente limpio como para estar predicando sobre el tema, y el militante en cuestión se lo recordó. «Claro, si todos tienen tejado de vidrio. Para qué estamos con *huevós*. Entonces 'preocupémonos de otras cosas más importantes', le decía yo»³⁸.

El éxito de las intervenciones del PCCh se veía además limitado por el mismo funcionamiento de la Comisión de Control y Cuadros. Quienes estaban a cargo de la comisión a nivel nacional y regional no eran expertos en materias de familia. Los estatutos del PCCh estipulaban que la Comisión Nacional estuviese compuesta de «militantes ejemplares» con varios años de militancia en el partido (los estatutos de 1958 aumentaron el requisito de cinco a diez años)³⁹. En la jerga comunista, para ser militante ejemplar había que tener una trayectoria irrepachable, tanto en lo público

³⁶ Véase, por ejemplo, Corvalán, Luis, *De lo vivido y lo peleado. Memorias*, Lom Ediciones, Santiago, 2007, p. 102.

³⁷ Véase, por ejemplo, Roseblatt, Karin, *Gendered Compromises...*, op. cit., p. 216; Varas, José Miguel, «El amante latino», en *Cuentos completos*, op. cit., p. 439.

³⁸ Entrevista realizada a Enrique, por Alfonso Salgado, 3 de septiembre de 2013.

³⁹ Partido Comunista de Chile, *Estatutos. Aprobados en el XI Congreso Nacional. Noviembre de 1958*, Imprenta Horizonte, Santiago, 1958. El criterio de nominar solo a «militantes ejemplares» con militancia de determinada duración fue incluido por primera vez en los estatutos de 1939.

como en lo privado, pero ello no implicaba necesariamente algún conocimiento especial en cuestiones de familia o de pareja. De hecho, Uldarico Donaire, quien dirigió la Comisión Nacional de Control y Cuadros del PCCh durante varios años, parece haber sido un militante naturaleza introvertida, con escasa experiencia en relaciones de pareja antes de casarse, a la tardía edad de treinta años. Por su parte, quienes estaban a cargo de la Comisión de Control y Cuadros a nivel regional tenían sus propias ideas sobre cuál era la misión de la comisión y sobre qué constituía una conducta apropiada o inapropiada⁴⁰. Es cierto que, durante el período que cubre este capítulo, la Comisión Nacional se apoyó en un núcleo de trabajadoras sociales para abordar asuntos delicados, pero el establecimiento de equipos multidisciplinarios de trabajadoras sociales, psicólogos y psiquiatras para atender a los militantes obedece a un proceso posterior, de naturaleza diferente, vinculado a la lucha contra la dictadura⁴¹.

Experiencias y expectativas familiares

¿Cuáles eran las expectativas de los hombres comunistas respecto a la vida familiar? ¿Y cuáles fueron sus experiencias? ¿Cuáles eran las expectativas de sus parejas? ¿Y cuáles fueron sus experiencias? ¿Cómo reaccionaron estos hombres cuando se presentaron conflictos entre las demandas del partido y las demandas de sus parejas? Este apartado intenta responder estas preguntas, centrando su atención en aquellos hombres que militaron en el PCCh durante la mayor parte de su vida adulta. Pero, antes de responderlas, es necesario aclarar que muchos de los hombres que ingresaron a las Juventudes Comunistas o al PCCh durante su juventud o temprana adultez abandonaron posteriormente la militancia, por diversos motivos. No fueron pocos los que congelaron su militancia y dejaron de participar activamente en política al casarse o al nacer sus hijos, inspirados en concepciones tradicionales de responsabilidad familiar o estimulados por sus parejas. La trayectoria política de los hombres chilenos –los comunistas incluidos– estuvo siempre condicionada por los ciclos y etapas vitales. El PCCh intentó prevenir la desertión prestando atención a las necesidades personales y familiares de sus militantes y de sus cuadros en particular, pero fue incapaz de impedir el constante goteo de desertores. Algunos ex militantes permanecieron cercanos al PCCh y colaboraron ocasionalmente con la organización, ya fuese como «simpatizantes» o «ayudis-

⁴⁰ Véase, al respecto, Arcos, Humberto, *Autobiografía de un viejo...*, op. cit., pp. 79-81.

⁴¹ Entrevista realizada a Javier, por José Manuel Baeza, 15 de enero de 2014.

tas». Otros se distanciaron y solo manifestaron sus ideas políticas en las urnas.

Quienes permanecieron activos en el PCCh se vieron obligados a hacerse cargo de la tensión inmanente entre vida partidaria y vida familiar. De más está decir que estos sujetos abordaron el dilema de diversas maneras. Algunas almas sensibles se sintieron culpables por descuidar a sus familias y buscaron formas de dedicarles mayor tiempo y cariño. Pero, en general, la omnipresencia de concepciones tradicionales de masculinidad —que definían la participación en política como una de sus prerrogativas— hizo que la mayor parte de los hombres comunistas, incluyendo a los más sensibles, reafirmaran su autonomía personal y su derecho a pasar tiempo fuera del hogar por motivos políticos. El profesor y escritor Jorge Montes, por ejemplo, es uno de los pocos dirigentes de este período que confesó en sus memorias que sentía culpabilidad por abandonar a su mujer, pero ello no le impidió actuar contra los deseos de su esposa en más de una oportunidad. El primer viaje de larga distancia de Montes tuvo lugar en 1955, cuando fue invitado al V Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, en Varsovia. La esposa de Montes, Josefina, se opuso a la idea, argumentando que una pareja que tenía dos hijas pequeñas debía evitar separaciones prolongadas. Montes hizo caso omiso de sus quejas y decidió aceptar la invitación de viajar a Varsovia. Solo después de regresar a Chile, tres meses más tarde, se dio cuenta de las consecuencias de su decisión. «En el aeropuerto de Cerrillos me esperaba Josefina. Comprendí, desde el primer momento, que la había lastimado y confíe que el tiempo suavizaría el golpe. No sabía entonces que las cicatrices son más difíciles de disipar que las propias heridas». Ahora bien, Montes siguió participando en el PCCh durante los años siguientes, y asumió responsabilidades partidarias importantes, que le implicaron viajar y ausentarse del hogar con cierta frecuencia⁴².

Los hombres comunistas tenían sus propias expectativas e ideas respecto a la vida en común, y estas no coincidían exactamente con las de sus parejas ni con las del PCCh. Muchos hombres pensaban que, mientras cumplieren con su rol de proveedores, sus esposas no tenían derecho a interferir en sus asuntos ni a cuestionar sus decisiones, que entendían como personales. Participar en política era su derecho, y no pensaban en renunciar a él. Esta actitud está bien reflejada en las memorias de Hum-

berto Arcos, que empezó a militar desde muy joven y que se dedicó apasionadamente a la actividad política a lo largo de su vida. En sus memorias, Arcos evoca en más de una ocasión los conflictos maritales que tuvo por ello, pero rememora estos sucesos sin evidenciar mucha culpa y sin mostrarse arrepentido. La primera discusión de proporciones tuvo lugar cuando la esposa de Arcos estaba en su tercer embarazo. Ella se quejó de que él no le dedicaba el tiempo suficiente a la familia y que gastaba demasiado dinero en sus actividades políticas y sindicales. «Pero la actividad política y sindical siempre había sido lo central en mi vida y nunca se lo había ocultado, jamás le había prometido dejar esas actividades para dedicarme a la familia... Así que le planteé separarnos... Hizo un escándalo. Después vino la reconciliación, pero a partir de entonces nos fuimos distanciando afectivamente...». Arcos empezó a trabajar como funcionario comunista unos años más tarde, asumiendo responsabilidades que implicaban pasar aún más tiempo fuera del hogar y sufriendo una reducción de sus ingresos significativa. La pareja siguió junta por varios años, a pesar de la falta de comprensión y de las infidelidades de Arcos, pero finalmente terminó separándose. La sentencia de Arcos al respecto es elocuente: «Yo no fui capaz de darle lo que ella esperaba ni ella de comprender lo que esperaba yo»⁴³.

Escritos autobiográficos como los de Montes y Arcos nos permiten apreciar cómo aquellos que permanecieron en el PCCh por largo tiempo evalúan sus decisiones personales a la distancia, con la perspectiva que da el paso del tiempo. Pero estas visiones y balances, retrospectivos, deben ser complementados con testimonios y fuentes de la época, que nos permitan entender más concretamente cuáles eran las expectativas de los hombres y mujeres de entonces. Aquí nos pueden ser de utilidad las cartas que hombres y mujeres enviaron a la revista *Ramona* (1971-1973), de las Juventudes Comunistas, una revista novedosa en la tradición comunista, que le dedicó bastante espacio a la discusión de temas de afectividad y vida de pareja, y cuyos reportajes sobre el sexo llegaron a incomodar a la vieja guardia⁴⁴.

⁴³ Arcos, Humberto, *Autobiografía de un viejo...*, op. cit., p. 44.

⁴⁴ Sobre esta revista y la discusión de estos temas entre los jóvenes comunistas, véase Salgado, Alfonso, «Una pequeña revolución: Las Juventudes Comunistas ante el sexo y el matrimonio durante la Unidad Popular» y Fernández-Niño, Carolina, «Revista Ramona (1971-1973): 'Una revista lola que tomará los temas políticos tangencialmente'», ambos capítulos en Rolando Álvarez y Manuel Loyola (eds.), *Un trébol de*

⁴² Montes, Jorge, *El tiempo no es redondo*, Ediciones Chile-América Cesoc, Santiago, 1997, pp. 91-93.

De particular utilidad es la carta de un joven de 21 años, que firmó como «Zarzal». Zarzal y su pareja, que tenía 20 años, se habían casado hace un año y ocho meses, estando ella embarazada. «Los primeros meses de casados realmente no fueron como nosotros lo esperábamos, quizás la poca madurez de ambos nos hizo cometer errores, pues mi esposa después de cuatro meses de casados se portaba indiferente y apática, lo mismo yo». La relación empeoró aún más cuando nació la hija y cuando Zarzal, que se sentía identificado con el proyecto de la Unidad Popular, se decidió formalmente a militar, pues la mujer lo culpaba de no dedicarle el suficiente tiempo al hogar. Zarzal no compartía la opinión de su mujer. «Debido a las tareas [políticas] que me han encomendado, dejo de lado mi hogar por 2 o 3 horas diarias, pero no por eso me despreocupo de él. Ahora mi esposa se queja de que la tengo abandonada y su indiferencia aumentó a tanto, que me niega las relaciones sexuales». Zarzal ensayó distintas estrategias para resolver el impasse. Se comportó con más ternura, realizó algunas tareas domésticas e incluso abandonó la militancia política por un tiempo. Pero la situación no mejoró. Su esposa siguió mostrándose indiferente, incluso hostil. «[S]u única excusa es el abandono al cual yo la tengo sujeta por dedicarme a la política». Las críticas de Zarzal a su pareja nos dan una idea de las expectativas que tenían los hombres jóvenes respecto al matrimonio. Estas críticas decían relación con la escasa frecuencia de las relaciones sexuales y con el desdén que mostraba su mujer ante las tareas domésticas. La falta de sexo e intimidad es lo que más parecía molestarle. Para citar solo una de las muchas ocasiones en que aludió a ello en su carta: «no quiere que la vea desnuda, me sigue negando las relaciones sexuales y fuera de eso apartó cama. Yo me veo en la obligación de masturbarme para no acudir a otra mujer y no dar motivos a que aumente su indiferencia». Pero la poca eficiencia de su esposa en la cocina era también un motivo de crítica. Zarzal reconocía que su pareja era «una buena madre con mi hija, pero en cuanto a los quehaceres de la casa no anda muy bien; como será que si he almorzado desde que estoy casado, ha sido a las 4 P. M. y no exagero, amigos»⁴⁵.

No conocemos el punto de vista de la pareja de Zarzal, pero otras cartas publicadas en *Ramona* nos pueden dar una idea de la visión que una mujer

cuatro hojas. *Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo xx*, Ariadna Ediciones y Editorial América en Movimiento, Santiago, 2004.

⁴⁵ *Ramona* 87, 26 de junio de 1973, pp. 34-35, «Indiferencia con matrimonio, guagua y política».

como ella puede haber tenido. Una mujer de 22 años que firmó como «Alicia», por ejemplo, aludió en su carta a un sentimiento de abandono bastante similar al que parece haber sentido la esposa de Zarzal. A diferencia de Zarzal y su pareja, Alicia y su pareja estaban casados hacía cinco años y tenían dos hijos; y la pareja de Alicia, cuyo nombre no conocemos, llevaba ya algunos años activo en política. En su carta, Alicia explicó que compartía las ideas políticas de su marido y que votaba por los comunistas, «pero lo primero para mí son mi esposo, hogar e hijas, que adoro». Durante los años que llevaban casados, su esposo le había dado a entender que la política, y no la familia, era su prioridad. «[H]a ido a congresos, seminarios, reuniones, etc., y yo, su mujercita e hijitas, hemos quedado de lado, de primera no me oponía que tuviera sus ideas, pero él se preocupa más de la Jota, el PC, que de su hogar». La ausencia del marido se hizo sentir cada vez más, a medida que este ascendía en la jerarquía del partido. «Aquí está el problema que tengo, ya que él no para en casa, yo estoy siempre sola. Primero eran días, después semanas, ahora meses». Cuando él le dijo que tenía que irse del país por un año entero —probablemente a capacitarse políticamente en la Unión Soviética o en la República Democrática Alemana, que recibieron a varias decenas de promisorios cuadros comunistas a inicios de los años setenta— la pareja tuvo una gran pelea. Ella le pidió que definiera sus prioridades: «yo con rabia le dije que escogiera el viaje, o su casa, esposa e hijas». Él escogió el viaje. «Ahora me encuentro tan sola, tan triste, porque fue y me dejó; con esto mi matrimonio fracasa»⁴⁶.

Los testimonios de mujeres casadas con militantes comunistas, como la citada Alicia, nos ofrecen la oportunidad de ahondar en el algunos de los asuntos mencionados arriba. Estas voces, escasamente tomadas en cuenta en la literatura, que prefiere pensar la militancia desde la perspectiva de sus protagonistas, sugieren que los sentimientos de abandono que experimentaban muchas de las esposas de militantes iban a menudo acompañados de desacuerdos sustantivos con respecto al tiempo dedicado al hogar, la administración del dinero familiar y la repartición de las tareas domésticas.

Sirva de ilustración el caso de Matilde del Canto, quien no pertenecía a ningún partido, y Francisco González, joven líder sindical y cuadro comunista. Matilde era viuda y madre de dos hijos cuando conoció a Francisco,

⁴⁶ *Ramona* 81, 15 de mayo de 1973, p. 35, «La política y el amor». Para otra carta que alude a temáticas similares, véase *Ramona* 48, 26 de septiembre de 1972, pp. 38-39, «Esposa que sufre y marido que no comparte».

siete años menor que ella. Cuando discutieron la idea de casarse, en 1971, Francisco le pidió que no trabajara más —ella trabajaba fuera de casa para mantener a sus hijos— y que se dedicara a las tareas domésticas; a cambio le prometió que cuidaría de Matilde y sus hijos, proveyendo para todos ellos. Pero a González le costó trabajo cumplir con su promesa. Su pasión por la política afectó negativamente en el bienestar económico de la familia. Al poco tiempo de casarse abandonó su trabajo como obrero de la construcción y se volvió funcionario comunista, para contribuir al proceso de transición al socialismo que lideraba Allende. Matilde explicó en una entrevista realizada en 2010: «Nosotros teníamos una situación económica muy mala, porque dependíamos del salario de él... que era entonces el sueldo de funcionario, porque él no se dejaba tiempo para trabajar después, porque le dedicaba las 24 horas del día al partido». Además, Francisco insistía en que Matilde no trabajara y se dedicara a cuidar de los niños, razón por lo que ella lo resentía. Matilde pasaba sus días en casa, sintiéndose aislada. «Me decía que me aguantara, que él iba a trabajar, [por] que él era muy trabajador, no era flojo. Y era un hombre que se ponía a trabajar y cumplía. Pero por trabajar en lo político dejaba de lado lo material... Entonces esa era una pugna que teníamos los dos»⁴⁷.

Matrimonios en los que ambos cónyuges eran militantes enfrentaban problemas similares. Los hombres que estaban casados con mujeres que militaban se sentían tanto o más autorizados que aquellos casados con mujeres que no militaban para dedicarse a la política, pues sus esposas compartían el mismo ideal. Esto hacía particularmente difícil discutir cuestiones que eran conceptualizadas como valores positivos en la retórica comunista, como la abnegación por la causa o la solidaridad económica con los camaradas, pero que generaban tensión en las relaciones de pareja. Sirva de ejemplo el caso de Fresia Gravano y Floridor Parra, una pareja de militantes comunistas que estuvieron doce años juntos, hasta que Parra, que era varios años mayor que Gravano, murió a causa de una enfermedad. En 1972, Gravano ganó el tercer premio en un concurso de relatos autobiográficos denominado «¿Por qué soy comunista?», organizado con ocasión del 50º aniversario del PCCh, y su testimonio fue publicado en el periódico comunista *El Siglo*. Gravano narró su niñez en el icónico pueblo minero de María Elena, la relegación de su padre —miembro del Partido Democrático, pero amigo de varios comunistas— en Pisagua, la despiadada

expulsión de su familia de María Elena y su subsiguiente reinstalación en Antofagasta. Dedicó menos espacio a discutir su propia vida familiar, pero, al hacerlo, solo dijo cosas positivas de su fallecido esposo, Floridor Parra, a quien había conocido en Antofagasta y que también había sido relegado a Pisagua durante el Gobierno de González Videla. «¿Qué puedo decir de su ejemplo? Formó todo lo mejor que pudo haber en mí, su abnegación, su sacrificio y desinterés eran increíbles. Tengo con él de por vida el compromiso de luchar yo y mis hijos por la causa que fuera su vida y que constituye la mía»⁴⁸. Gravano fue fiel a ese compromiso. Permaneció activa en el PCCh después del golpe y sufrió ella misma relegación a inicios de la década de 1980. Esto la llevó a entrevistarse con una psicóloga que colaboraba con el movimiento de derechos humanos, en 1982.

La entrevista de 1982, que Gravano autorizó dar a publicidad en democracia, determinada a ayudar a que la sociedad chilena no olvidara las atrocidades de la dictadura de Pinochet, nos ofrece un prisma interesante para adentrarnos en la vida y los sentimientos de Gravano y nos ayuda a entender algunas omisiones del relato autobiográfico de 1972. Cuando la psicóloga le preguntó sobre su relación de pareja por primera vez, Gravano respondió que había sido «muy buena porque yo nunca tuve problemas». A diferencia de su padre, su esposo nunca se opuso a su activismo político y le dio más libertades para salir de la casa, lo que a ella le gustaba. Después de haber establecido un grado mayor de confianza, la psicóloga le volvió a preguntar a Gravano sobre su relación, esperando que esta profundizara. Gravano dio una respuesta más matizada esta vez: «Mi vida en el matrimonio fue buena en el aspecto de convivencia porque nos entendíamos y no tenía problema de salir, de participar, muy por el contrario, pero fue muy angustiosa y muy problemática porque mi marido era totalmente dedicado a la cosa [política] y yo era prácticamente hombre y mujer en la casa». Gravano se explayó entonces sobre sus esfuerzos por criar a sus hijos, hacerse cargo de la casa y al mismo tiempo ganar algún dinero extra. Introdujo entonces otro tema que causaba tensiones en su matrimonio, el dinero. Le explicó a la psicóloga que el idealismo y la generosidad de su marido hacia el PCCh habían exacerbado la precaria situación financiera de la familia. A menudo este prestaba dinero, aun sabiendo que no podrían devolvérselo. «Esas actitudes así me hacían discutir con él y tener problemas. Pero era una cosa transitoria, por último yo no lo podía cambiar».

⁴⁷ Entrevista realizada a Mathilde del Canto, 20 de mayo de 2010, Colección Archivo Oral de Villa Grimaldi, Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi.

⁴⁸ *El Siglo*, 23 de enero de 1972, p. 7 revista, «Jugábamos a imitar los discursos de los dirigentes».

A diferencia de otras mujeres, Gravano no llegó a sentir rabia contra su marido. «Yo, sería la edad que tenía, lo aceptaba, sabe porqué lo aceptaba, porque veía que él estaba entregado [a] lo que yo creía». Si bien la apreciación de Gravano sobre el comunismo y la militancia de su esposo no habían cambiado radicalmente entre la publicación del relato autobiográfico en 1972 y su entrevista con la psicóloga en 1982, la entrevista sugiere que características de su marido que ella había elogiado públicamente, como su abnegación, sacrificio y desinterés, eran también una fuente de tensión familiar⁴⁹.

LA PERSPECTIVA DE LOS HIJOS

Los hijos de padres comunistas tuvieron experiencias diversas y recuerdan estas experiencias de manera igualmente diversa. Para entender esta multiplicidad de perspectivas, las páginas finales analizan con cierto detalle una sola familia, compuesta de un funcionario del partido, Eugenio (en adelante Eugenio Sr., para distinguirlo de su hijo, Eugenio Jr.), su esposa Irma, que no era militante, y sus siete hijos. No nos enfocaremos aquí en las terribles consecuencias de la persecución de González Videla contra el PCCh sufrida por Eugenio Sr., quien pasó casi año y medio relegado, ni por su familia, varios de cuyos hijos acabaron viviendo con familias de acogida. Baste con decir que este breve pero intenso período de persecución tuvo consecuencias de larga duración para esta familia –fue durante aquellos años que Irma empezó a trabajar y se transformó en el principal sostén de la familia– y que Eugenio Sr. permaneció activo en el seno del PCCh después de volver de la relegación, trabajando como funcionario del partido hasta su fallecimiento, en 1971. Era un importante engranaje en el aparato partidario, aunque no una figura pública. Durante la mayor parte del período estudiado aquí, trabajó en el consejo municipal de San Miguel –uno de los bastiones de la izquierda– durante el día, y por la tarde noche en el Comité Santiago Sur del PCCh –uno de los mayores órganos regionales del partido–. Mi análisis se basa en entrevistas separadas con cuatro de sus siete hijos: Rosa, la hija mayor; Gladys, la quinta hija; Eugenio Jr., el sexto hijo; y Roberto, el séptimo hijo. Mientras que Rosa y Gladys –y todos los hijos del medio– nacieron antes de que el Gobierno de González Videla proscribiera al PCCh y relegara a Eugenio Sr., Eugenio Jr. y Roberto nacieron después de este

crítico acontecimiento, lo que sin duda condicionó la experiencia y los recuerdos de cada uno de ellos.

Tres de los cuatro hermanos entrevistados aludieron a la ausencia paterna sin que yo se lo preguntara, por lo general temprano en la entrevista. Empecé entrevistando a Rosa, la mayor de todos los hijos. Cuando le planteé el tema de mi investigación y le dije que quería saber de su experiencia en tanto hija de un padre comunista, ella inmediatamente respondió que crecer en una familia como la suya había sido «duro». Cuando le pregunté a qué se refería con ello, me explicó: «A ver, generalmente el político que está dedicado a eso exclusivamente, como fue el caso de mi padre, para él la familia se posterga». Los recuerdos de Rosa sobre el período de González Videla la llevaron a desarrollar una valoración crítica de los costos del activismo de izquierda. Su narrativa mezclaba e incluso confundía la cronología de diferentes acontecimientos –la relegación del padre a fines de los años 1940, su arresto a inicios de los 1950 y una estancia posterior en Rusia, que se prolongó por dos años– con el fin de resaltar dichos costos y retratar a Eugenio Sr. como un padre ausente por motivos políticos. A pesar de que su narrativa subrayaba la relegación y el posterior encarcelamiento del padre para ilustrar su argumento sobre la ausencia, Rosa consideraba el activismo de izquierda como perjudicial para la vida familiar incluso durante períodos de legalidad democrática. Según ella, su padre no estaba nunca presente. «Nunca fue [muy presente]. No tenía tiempo para nosotros... Él no tenía horarios, trabajaba de lunes a domingos, o sea no había horarios, cien por ciento dedicado [a la política]. Entonces a nosotros era un pedacito que nos daba. Yo tengo pedacitos así de papá», me dijo Rosa gesticulando con su mano, como si con ella fuese capaz de asir todo lo que le entregó su padre. Rosa ahondó en esta arista de ausencia paternal en diversos momentos de la entrevista, y agregó que una de sus hermanas había desarrollado un trauma psicológico a causa de ello⁵⁰.

Gladys, la hermana a la que se refería Rosa en su entrevista, era por lejos la más crítica de todos los hermanos y hermanas con respecto a su padre y, no está demás decirlo, al comunismo. Se presentó a sí misma como la quinta de los hermanos, «la más chica en la época del desastre», aludiendo a la persecución desatada por González Videla. Gladys sufrió aguda privación emocional en su primera infancia a causa de la relegación de su padre y su posterior activismo en clandestinidad. Esta sensación de

⁴⁹ Fresia Gravano, «Testimonio ex-detenido», agosto de 1982, en Fondo Testimonios, Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas.

⁵⁰ Entrevista realizada a Rosa, por Alfonso Salgado, 1 de agosto de 2012.

privación se vio reforzada con el correr de los años, en parte por los conflictos que tuvo con él durante su adolescencia y en parte por sus posteriores búsquedas de sanación con psicólogos y parapsicólogos: «a todo esto te digo que me hice una regresión para ver donde estaba mi pifia, y yo ahora, con la regresión me visualicé, sentada chiquitita, sentada con las patitas así, con dos moñitos aquí y yo sentada en el suelo, porque veo que mi padre se va, y yo grito 'papito papito papito', mi papito abre la puerta, asoma la cabeza, me hace 'chao', y se va, y a mí eso me mató para el resto de mis días, oye. No lo pude nunca superar, que mi padre, se repetía, se repetía, que llegaba a la casa, cha cha cha, nunca se bajó a mi altura a darme un beso y un abrazo, y yo lo único que quería era que me tomara en brazos, que me hiciera un cariño. Nunca me lo hizo». Gladys fue enfática, durante la entrevista, en vincular la ausencia de su padre con la política, llegando a imaginar un padre muy diferente de no haber sido un cuadro comunista: «mi padre, sin la parte política, para mí hubiera sido el hombre ideal, porque hubiera querido a sus hijos, se hubiera detenido el momento, el segundo, para darme un abrazo un beso y decirme chao, y dejarme feliz, te fijas tú. La política me lo robó»⁵¹.

El testimonio de Roberto es más matizado. Después de que le explicara el tema de mi investigación y mi interés en conocer su experiencia como hijo de un hombre comunista, respondió: «Bueno, yo creo que lo que uno más saca de conclusión, son dos aspectos. Uno, que es la carencia del padre, motivado por su extremada necesidad de participar en todo el desarrollo y organización del partido, lo cual tiene un costo para la familia... Lo otro está relacionado con la relación que el papá, dentro de esa ausencia, logra [tejer], no cierto, con algunos de los hijos». El énfasis que Roberto puso en el segundo aspecto durante la entrevista terminó eclipsando al primero. Roberto dijo que su padre solía hablar con él sobre diferentes cosas, y recaló el impacto que dichas conversaciones habían tenido en él cuando niño. «A mí él me llegaba directamente en varios aspectos»⁵². Roberto tuvo la fortuna de pasar más tiempo con su padre que sus herma-

nos mayores porque la salud de su padre lo obligó a estar más tiempo de lo normal en casa cuando este era aún pequeño. El hecho de que el padre incluyera a Roberto en algunas de sus actividades también ayudó a crear un lazo entre los dos. Roberto rememoraba con agrado la fiesta anual del PCCh en el Parque O'Higgins (conocido entonces como Parque Cousiño) y unas vacaciones familiares en El Arrayán, en un parque que pertenecía al PCCh –un hecho que Gladys omitió, pero que otros de sus hermanos también recordaron–. La valoración general de Roberto era positiva, aunque, en última instancia, problemática: «lo único [negativo] que al final, como hijo, lo que uno puede decir de él, es que él amó más al Partido Comunista que, a lo mejor, a su propia familia»⁵³.

Eugenio Jr. fue el único de los hermanos que no evocó, de motu proprio, el tema de la ausencia paterna. Solo abordó este asunto cuando le mencioné el sentimiento de abandono de Rosa (yo no había entrevistado aún a Gladys ni a Roberto). El término que utilicé, «padre ausente», lo pilló desprevenido, y abrió una ventana de reflexión y melancolía en lo que hasta el momento era una entrevista amena y jovial. Eugenio Jr. respondió que entendía el punto de vista de su hermana. «Es efectivo que nos faltó, es efectivo». Reconoció que la ausencia del padre había afectado negativamente a los hijos. «[L]a falta que uno dice, [el] no tenerlo, tiene sus consecuencias, en cada uno [de los hijos] tiene sus consecuencias». Y no dudó en vincular esta ausencia a la política: «La vida partidaria absorbe mucho, absorbe mucho tiempo». No obstante, Eugenio Jr. ofreció una valoración muy distinta a la de Rosa o el resto de sus hermanos. Su testimonio está profundamente influido por la admiración que siente por su padre, tanto en su rol paterno como en su calidad de militante político. Según él, su padre fue un hombre consecuente con sus ideas, que vivió una vida digna de imitarse. «[Y]o creo que todo finalmente lo hace importante el hecho de que él era un punto de referencia, para nosotros de imitación». Esto le impedía a Eugenio Jr. pensar en la ausencia del padre en términos absolutamente negativos. Reconocía el argumento general de Rosa, pero estaba en desacuerdo con la esencia de su juicio. «Desde mi punto de vista, no era para verlo del punto de vista negativo. Yo siempre quise ser como padre, o sea, tú te das cuenta, es al revés [mi experiencia], digamos. Yo, lo único que pensaba, que el proyecto de vida mía tenía que ser el proyecto de vida que tenía mi viejo». Eugenio Jr. pasó a trabajar como funcionario de las Juventudes Comunistas durante los años de la Unidad Popular y permaneció

⁵¹ Entrevista realizada a Gladys, por Alfonso Salgado, 12 de mayo de 2013.

⁵² Entrevista realizada a Roberto, por Alfonso Salgado, 31 de octubre de 2013. La identificación de género entre niño y padre podría ayudar a explicar la conexión que ambos lograron. De hecho, como explico abajo, Eugenio Jr. también logró una conexión profunda con su padre. Pero no deseo forzar este argumento, puesto que, según varios de los entrevistados, Eugenio Sr. a menudo favorecía a sus hijas –con la excepción de Gladys– sobre sus hijos.

⁵³ Entrevista realizada a Roberto, por Alfonso Salgado, 31 de octubre de 2013.

activo durante la dictadura de Pinochet, aunque ya no como funcionario. Su familiarización con el militantismo comunista lo llevó a presentar la inquebrantable dedicación del padre y sus sacrificios personales bajo una luz marcadamente diferente: «lo veía como una gran entrega, como una cosa que enaltecía mucho la calidad humana, a la persona misma»⁵⁴.

CONCLUSIÓN

Hacer política cuesta caro. Cualquier organización política necesita financiamiento y un grupo humano dispuesto a dedicar tiempo y trabajo a la causa. Los costos tienden a ser mayores para partidos cuyos proyectos desafían el *status quo*, puesto que rara vez gozan de las prebendas del estado y deben además esforzarse por transformar la realidad sin ser eliminados o marginados de la arena política. El PCCh fue un partido sorprendentemente exitoso dadas estas desventajas estructurales. Logró granjearse el apoyo de un gran número de personas, varias de las cuales demostraron altos niveles de compromiso y lealtad, pese a que los beneficios que la organización les ofrecía eran la mayor parte de las veces intangibles. Un porcentaje importante de ellas eran hombres de extracción popular, a quienes no les sobraban los recursos, y para quienes no era una posibilidad renunciar al trabajo asalariado o contratar ayuda doméstica. El PCCh ofreció a algunos militantes la oportunidad de transformarse en funcionarios remunerados, aunque, huelga advertir, sin brindarles mucho dinero a cambio. El resto tuvieron que dedicarse a la actividad política en el poco tiempo libre del que disponían. Los costos de esta manera de hacer política fueron altos. Una parte de estos costos los pagaron los propios militantes, cuyas perspectivas de desarrollo se vieron muchas veces truncadas. Pero una parte igualmente importante de los gastos de operación del PCCh fueron sufragados por las esposas e hijos de los militantes, cuyos sacrificios y privaciones permitieron que estos militantes se dedicaran en cuerpo y alma a la política.

BIBLIOGRAFÍA

ACEVEDO, Nicolás, «Narrativas y memorias de los hijos e hijas de la militancia revolucionaria. Una mirada histórica en el siglo xx», Ponencia presentada al Seminario Internacional Herencias de la Revolución: Voces Intergeneracionales, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, septiembre de 2019.

ÁLVAREZ, Rolando, *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*, Lom Ediciones, Santiago, 2003.

— «Clandestinos. Entre prohibiciones públicas y resistencias privadas. Chile 1973-1990», en Rafael Sagredo y Cristian Gazmuri (eds.), *Historia de la vida privada en Chile. Tomo III: El Chile contemporáneo. De 1925 a nuestros días*, Editorial Taurus, Santiago, 2007.

— *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura, 1965-1990*, Lom Ediciones, Santiago, 2011.

ARCOS, Humberto, *Autobiografía de un viejo comunista chileno. (Una historia 'no oficial' pero verdadera)*, Lom Ediciones, Santiago, 2013.

BALTRA, Mireya, Mireya Baltra. *Del quiosco al Ministerio del Trabajo*, Lom Ediciones, Santiago, 2014.

BRAVO, Viviana, *¡Con la razón y la fuerza, venceremos! La rebelión popular y la subjetividad comunista en los '80*, Ariadna Ediciones, Santiago, 2010.

CASALINI, Maria, *Famiglie comuniste. Ideologie e vita quotidiana nell'Italia degli anni cinquanta*, Il Mulino, Bologna, 2010.

CASALS, Marcelo, *El alba de una revolución: La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la vía chilena al socialismo, 1956-1970*, Lom Ediciones, Santiago, 2010.

CORVALÁN, Luis, *De lo vivido y lo peleado. Memorias*, Lom Ediciones, Santiago, 2007.

DEL POZO, José, *Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular*, Ediciones Documentas, Santiago, 1992.

DURÁN, Luis, «Visión cuantitativa de la trayectoria electoral del Partido Comunista de Chile: 1903-1973», en Augusto Varas (ed.), *El Partido Comunista de Chile. Estudio multidisciplinario*, FLACSO-Chile, Santiago, 1988.

FALETTO, Enzo, «Algunas características de la base social del Partido Socialista y del Partido Comunista. 1958-1973», en *Documento de Trabajo*, FLACSO-Chile, Facultad de Ciencias Latinoamericanas, Santiago, Santiago, n° 97, 1980.

FERNANDOIS, Joaquín, *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*, Centro de Estudios Públicos, Santiago, 2013.

FERNÁNDEZ-NIÑO, Carolina, «Revista Ramona (1971-1973): 'Una revista lola que tomará los temas políticos tangencialmente'», en Rolando Álvarez y Manuel Loyola (eds.), *Un trébol de cuatro hojas. Las*

⁵⁴ Entrevista realizada a Eugenio Jr., por Alfonso Salgado, 19 de agosto de 2012.

- Juventudes Comunistas de Chile en el siglo xx, Ariadna Ediciones y Editorial América en Movimiento, Santiago, 2004.
- FIELD, Deborah, *Private Life and Communist Morality in Khrushchev's Russia*, Peter Lang, Nueva York, 2007.
- FURCI, Carmelo, *El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo*, Ariadna Ediciones, Santiago, 2008.
- GODOY, Lorena, et al. (eds.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Sur y Cedom, Santiago, 1995.
- GOLDMAN, WENDY, *Women, the State, and Revolution: Soviet Family Policy and Social Life, 1917-1936*, Cambridge University Press, New York, 1993.
- HALFIN, Igor, *Terror in My Soul: Communist Autobiographies on Trial*, Harvard University Press, Cambridge, 2003.
- HARMER, Tanya, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2011.
- HELLBECK, Jochen, *Revolution on My Mind: Writing a Diary under Stalin*, Harvard University Press, Cambridge, 2006.
- HOFFMANN, David, *Stalinist Values: The Cultural Norms of Soviet Modernity, 1917-1941*, Cornell University Press, Ithaca, 2003.
- HUTCHISON, Elizabeth, *Labors Appropriate to Their Sex: Gender, Labor, and Politics in Urban Chile, 1900-1930*, Duke University Press, Durham, 2001.
- IDINI, Mariano, «Detrás de cada combatiente, un sujeto cotidiano. Motivaciones, afectos y emociones en el proyecto rodriguista», Tesis de Licenciatura, Universidad de Chile, 2005.
- KLUBOCK, Thomas, *Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*, Duke University Press, Durham, 1998.
- LABARCA, Eduardo, *Corvalán: 27 horas. El P.C. chileno por dentro y por fuera*, Editorial Quimantú, Santiago, 1972.
- LINEHAN, Thomas, *Communism in Britain, 1920-39: From the Cradle to the Grave*, Manchester University Press, New York, 2007.
- MALLON, Florencia, «Barbudos, Warriors, and Rotos: The MIR, Masculinity, and Power in the Chilean Agrarian Reform, 1965-1974», en Matthew Gutmann (ed.), *Changing Men and Masculinities in Latin America*, Duke University Press, Durham, 2003.
- MONTES, Jorge, *El tiempo no es redondo*, Ediciones Chile-América Cesoc, Santiago, 1997.
- PARTIDO COMUNISTA DE CHILE, *Estatutos del Partido Comunista de Chile*, Imprenta y Litografía Antares, Santiago, 1939.
- *Estatutos del Partido Comunista de Chile. Aprobados en el XIII Congreso Nacional celebrado en 1946*, Impresores Moneda 716, Santiago, 1947.
- *Estatutos. Aprobados en el XI Congreso Nacional. Noviembre de 1958*, Imprenta Horizonte, Santiago, 1958.
- *Estatutos. Aprobados en el XII Congreso Nacional. Marzo de 1962*, Imprenta Horizonte, Santiago, 1962.
- PENNETIER, Claude y Bernard PUDAL (eds.), *Le sujet communiste. Identités militantes et laboratoires du «moi»*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2014.
- PINTO, Julio, et al. (eds.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Lom Ediciones, Santiago, 2005.
- PINTO, Julio y Verónica VALDIVIA, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Lom Ediciones, Santiago, 2001.
- RENGIFO, Francisca, «Familia y escuela. Una historia social de la escolarización nacional. Chile, 1860-1930», en *Historia*, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, vol. 45, Santiago, n° 1, 2012.
- ROSEMBLATT, Karin, *Gendered Compromises: Political Cultures and the State in Chile, 1920-1950*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000.
- RUIZ, María Olga, «Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile (1965-1975)», en *Revista Austral de Ciencias Sociales*, Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile, Valdivia, n° 28, 2015.
- SALGADO, Alfonso, «Una pequeña revolución: Las Juventudes Comunistas ante el sexo y el matrimonio durante la Unidad Popular», en Rolando Álvarez y Manuel Loyola (eds.), *Un trébol de cuatro hojas. Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo xx*, Ariadna Ediciones y Editorial América en Movimiento, Santiago, 2004.
- STUDER, Brigitte, *The Transnational World of the Kominternians*, Palgrave Macmillan, London, 2015.
- THOMAS, Gwinn, *Contesting Legitimacy in Chile: Family Ideals, Citizenship, and Political Struggle, 1970-1990*, The Pennsylvania State University Press, University Park, 2011.
- TORO, Alejandro, *Memorias de un comunista discrepante*, Lom Ediciones, Santiago, 2014.
- ULIANOVA, Olga, «El Partido Comunista chileno durante la dictadura de Carlos Ibáñez (1927-1931). Primera clandestinidad y 'bolchevización'»

- estaliniana», en *Boletín de la Academia Chilena de Historia*, Academia Chilena de la Historia, Santiago, n° 111, 2002.
- URTUBIA, Ximena, *Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: La transformación del militante tradicional, 1924-1933*, Ariadna Ediciones, Santiago, 2016.
- VALDÉS, Ximena, *La vida en común. Familia y vida privada en Chile y el medio rural en la segunda mitad del siglo XX*, Lom Ediciones, Santiago, 2007.
- VARAS, José Miguel, *Cuentos completos*, Aguilar Chilena de Ediciones, Santiago, 2001.
- VIDAURRÁZAGA, Tamara, *Mujeres en rojo y negro. Reconstrucción de memoria de tres mujeres miristas. 1971-1990*, Ediciones Escapate, Santiago, 2006.
- «Las memorias de los hijos de la militancia revolucionaria en Chile. Reflexiones en clave generacional en torno a los documentales Venían a buscarme y El edificio de los chilenos», en *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, Santiago, n° 12, 2019.
- «La escisión entre lo individual y lo colectivo en la moral revolucionaria militante de la nueva izquierda», en *Revista Sujeto, Subjetividad y Cultura*, Escuela de Psicología de la Universidad de Artes y Ciencias Sociales, Santiago, n° 4, Octubre 2012.
- WINN, Peter, *Weavers of the Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*, Oxford University Press, New York, 1986.

EL ANTICOMUNISMO SIN EL COMUNISMO: PUESTA EN PERSPECTIVA HISTÓRICA DE LA CRISIS BRASILEÑA (2015-2019)

MAUD CHIRIO

Brasil vive actualmente una de las crisis políticas más graves de su historia republicana. La explosión de escándalos de corrupción, su enjuiciamiento políticamente orientado y finalmente la elección de Jair Bolsonaro a la presidencia a fines de 2018 han desestabilizado profundamente el sistema democrático. En agosto de 2016, estos mecanismos permitieron destituir a Dilma Rousseff en contradicción flagrante con los dispositivos constitucionales, puesto que la presidente no era ni sospechosa ni acusada de ningún crimen. El juicio y encarcelamiento del ex presidente Lula da Silva tiene muchos rasgos arbitrarios, a los que se suman ahora las injerencias e irregularidades del otro poder del Estado, el poder judicial. A partir de aquel momento, el régimen democrático se halla fragilizado, con la autonomización de un poder judicial que parece apartarse de la lógica del Estado de derecho, con una clase política globalmente aislada y reacia a toda reforma institucional, y como tela de fondo, el auge de la extrema derecha política, religiosa y militar. Esta derecha muy conservadora, versión brasileña de la «Nueva Derecha» nacida en los países occidentales durante los años ochenta, conoce en Brasil un gran éxito a inicios de los años 2010. Durante la campaña electoral de 2014, accede a una inédita visibilidad e influencia política considerable, generalmente en las redes sociales y la calle, más que en el seno de dispositivos partidarios institucionalizados¹. En el marco de las movilizaciones callejeras y las redes sociales, el vocabu-

¹ La publicación más reciente y completa sobre la emergencia de esta nueva derecha, radical y sin complejos, es: Velasco e Cruz, Sebastião y Kaysel, André y Cotas, Gustavo (eds.), *Direita, volver! O retorno da direita e o ciclo político brasileiro*, Fundação Perseu Abramo, São Paulo, 2015.

ÍNDICE

CARLOS MIGUEL HERRERA y EUGENIA PALIERAKI La Revolución Rusa y América Latina. Las complejas derivas del hecho comunista	9
--	---

I

Los años de descubrimiento mutuo: Revolución Rusa, América Latina, Komintern

HERNÁN CAMARERO El Partido Comunista argentino y la Revolución Rusa en sus primeras décadas: vínculos e influencias.....	41
--	----

SERGIO GREZ TOSO Las relaciones entre el Komintern y el Partido Comunista de Chile (1922-1941)	79
--	----

VÍCTOR JEIFETS México en la percepción de la Internacional Comunista: encuentros y desencuentros	129
--	-----

CARLOS MIGUEL HERRERA Juzgar a la Revolución Rusa desde la izquierda reformista. El caso del Partido Socialista argentino	157
---	-----

II

Comunismo/s: expansión, fragmentación, oposiciones

ALFREDO RIQUELME SEGOVIA La referencia soviética en la izquierda chilena: imaginación revolucionaria, fascinación del progreso y controversia democrática	187
---	-----

RAFAEL PEDEMONTTE

La «otra Guerra Fría»: las tensiones en el seno de la izquierda
latinoamericana durante la década de 1960 bajo una óptica conectada
URSS-Cuba-Chile 217

ALFONSO SALGADO MUÑOZ

El Partido es lo primero: Militancia comunista y vida familiar en
Chile (1952-1973) 241

MAUD CHIRIO

El anticomunismo sin el comunismo: puesta en perspectiva histórica
de la crisis brasileña (2015-2019) 273

III

A modo de epílogo

OMAR ACHA

El siglo de la Revolución Rusa: reflexiones sobre las posterioridades
de lo revolucionario en América Latina 293

Autores 315